

PROCESADO EN EL PARAISO

Memorias de un poeta que vivió la guerra

ISMAEL SAMBRA



PROCESADO EN EL PARAISO

MEMORIAS DE UN POETA QUE VIVIO LA GUERRA

(INEDITO, BUSCANDO EDITOR, XIV capítulos, 650 pg.)

CAPÍTULO I.

TEMPRANO PARA MORIR.

Nací dos años después que terminó la Segunda Guerra Mundial y cuando apenas cumplía los once conocí a los barbudos de la sierra. Mi padre, que en paz descanse, era un comerciante ambulante, de esos que iban por los montes proponiendo su mercancía. Vendía cuadros, adornos, perfumes y todo tipo de ropas hechas: blúmeres, ajustadores, calzoncillos, medias, batas, pantalones... también telas de todos los colores y cualidades para hacer ropas, a 20, 30, 40 centavos la yarda. Luego cobraba a plazos, recogiendo quilos, 20 ó 25 centavos semanales, un peso al mes, de puerta en puerta, de zona en zona; y el campesino que no tenía dinero pagaba con cualquier cosa, con algún animal de cría, con algo de la cosecha; pero siempre pagaba.

Así, trabajando por cuenta propia, papá mantuvo la familia, cinco en total: papá, mamá, mi hermano, la casa y yo. Eran los tiempos en que un peso tenía el mismo valor de un dólar y hasta más. Eran los tiempos en que había que trabajar para ganarse un peso y con un peso se podía hacer maravillas. Mi padre era un poco bruto y cuando papá se peleaba con mamá nos llevaba a almorzar a la Fonda de Javier frente a la Plaza del Mercado. Allí con 25 centavos podíamos pedir una Completa con bistec, congrí, ensalada y plátano frito. Papá fue un buen cliente de la Fonda de Javier y podíamos comer hasta fiao. Pero jamás le debió nada a nadie. Fue siempre honrado, demasiado honrado, exageradamente honrado y trabajador. Él era exagerado en todo hasta en esto de la honradez. Pero para eso nunca habrá límites. O se es o no se es. <<La honradez no tiene límites -decía para darse fuerzas-, aunque digan que en este mundo no se puede ser honrado>>.

Yo lo entiendo así y quisiera que me entendieran. Ser honrado es tan importante como ser agradecido. <<Ser agradecido es la más importante virtud del hombre y ser desagradecido su peor defecto>>. Así dijo un poeta nacido y criado en la loma del Tivoli. Por eso digo que el que es honrado y agradecido merece tanto la paz de los hombres como la bendición de Dios.

Debemos vivir agradecidos de todo lo que nos rodea, de la luz, del aire que respiramos, de

lo que nos ha dado Dios y han inventado los hombres para nuestro confort, hombres que dejaron de dormir por crear y descubrir para bien del hombre. Vivir para agradecer es mi lema. Los agradecidos viven en paz, de la paz y para la paz. Los desagradecidos hacen las guerras. Los desagradecidos y los ambiciosos se unen y parecen seres imposibles de erradicar de nuestro moribundo planeta.

Esa vez que acompañé a mi padre al monte yo no sabía que estábamos en guerra y que nos estábamos jugando la vida. Pero siempre hay alguien a quien agradecer o algo que agradecer. Papá tenía muchos conocidos donde quiera, aunque muy pocos amigos. Siempre anduvo solo. Muchos lo querían, pero en nadie confiaba. Era uno más de los desconfiados que repetían que <<amigo es un peso en el bolsillo>>.

Sin embargo creo que le conocí a uno, un viejo llamado Aurelio que vivía a unas tres cuadras de nuestra casa y tenía muchos conocimientos de navegación y de náutica. Sabía de barcos y de viajes por el mar sin haber sido marinero. Y es que estuvo muchos años trabajando como guardián de El Faro de Santiago que está en la boca de la bahía. El viejo era quien alumbraba y vigilaba para que los barcos llegaran desde todas partes del mundo a nuestra ciudad.

Tenía varios barcos adornando la sala de su casa y hasta algunos en botellas de colores que, según me dijo, él mismo los metió. Pero yo nunca lo quise creer, pues me parecía que era cosa sólo de magias.

_ ¿Y cómo es que lo haces?

_ ¡Ah, es que soy mago! Me dijo como para dejarme en un mar de dudas la única vez que lo vi reír con los ojos.

Papá me llevaba algunas veces a ver al viejo Aurelio que de repente se puso enfermo, y tiempo después murió sin regalarme el barco que me había prometido. Entonces fue cuando decidí fabricar yo mismo el mío tallando un pedazo de madera y lo llevaba siempre a la playita de poca arena, de poca orilla, que habíamos descubierto papá y yo pegada a la carretera que llevaba al mar, cerca del Castillo del Morro que habían construido los españoles para que los piratas no entraran a la Isla. Allí aprendí a nadar y a navegar en mi propio barco con su motor de ligas torcidas, que lo propulsaban junto con las velas hechas de retazos de sábanas viejas y telas de colores del muestrario que llevaba papa para enseñar y vender las telas.

Aurelio era un buen viejo que seguro pensó que podía llevarse sus barcos a la tumba, pero eso nunca pudo ser. El día del entierro sus barcos seguían en la sala, sobre una gran mesa, todos reunidos, callados, hasta los barcos de guerra, indefensos, solitarios, para decirle adiós a su celoso guardián.

Aurelio y otro que le decían Mestre venían a menudo a mi casa a oír la radio en onda

corta, bien bajito, metidos dentro de mi cuarto y en ese momento ni mi hermano ni yo podíamos entrar, porque no era cosa de barcos lo que hablaban, sino de la guerra. A veces llegaba a oír “Radio Rebelde desde la sierra...” y no oía más porque ahí mismo le bajaban más el volumen.

Papá no quería que yo supiera, porque <<Los muchachos no pueden saber las cosas de los mayores>>. Sin embargo, de cuando en cuando, me llevaba a casa de sus clientes para que lo acompañara y me daba de paso un paseo; y allí podía oír lo que él decía que yo no podía oír; porque todos hablaban en voz alta, no sólo de ropas y de estampados; sino también de la guerra. En esos lugares se podía hablar, porque eran casas apartadas con plantas y árboles alrededor, casas sin calles ni casas pegadas a cada lado como en la ciudad. En la ciudad las paredes tienen orejas. <<Baja la voz, Ismael, que te pueden oír>>, rogaba nerviosa mamá. Nos pueden oír, claro, ¿pero quién? <<Donde quiera hay un chivato>>, decía. Es verdad. Es alguien diferente que nos quiere hacer el mal.

Casi siempre me llevaba los sábados o los domingos, cuando no había escuela, y a veces nos dejaba un día entero en un lugar y luego al anochecer pasaba y nos recogía. Yo me portaba bien toda la semana para ganarme el derecho, porque me gusta el campo. Soy el mayor y soy más curioso y atrevido que mi hermano en eso de querer saber las cosas que encierran algún misterio.

Aprendí mucho de ríos, de caballos, de frutas y de animales. Eran gente pobre como nosotros. Eran campos de gente pobre, pero con casas bien limpias y cuidadas. Recuerdo una donde íbamos a menudo, que estaba cerca de los campos de golf del Country club que tenía la hierba muy verde y bien cortada. Allí jugábamos en un molino de viento que no molía nada, sino que sacaba un agua del fondo de la tierra lo suficientemente fría y dulce como para secar nuestro sudor y calmar nuestra sed.

Papá me llevaba con él porque tenía varios motivos para llevarme, así podía disimular para hacer lo que hacía. Pero eso lo vine a saber después, porque él mismo un día nos lo dijo como arrepentido y con lágrimas en los ojos: <<Por la revolución arriesgué hasta la vida de ustedes, y por eso me duele más la mierda que han hecho con ella>>.

Antes se podía ir al monte sin muchos problemas; es decir, antes que los barbudos empezaran la guerra y empezaran los muertos a aparecer por donde quiera, antes que los soldados empezaran a morir y empezaran a matar. Después la cosa cambió hasta en la misma ciudad. Las bombas podían explotar en cualquier esquina y cualquiera podía morir por la explosión. Mi mamá nos decía que no tocáramos nunca ningún paquete tirado en la calle. Eran bombas que no llevaban nombres. Ya no salíamos casi a ninguna parte y menos de noche. Ya casi nunca me llevaba con él a casa de sus clientes, hasta ese día en que por poco nos matan a los dos.

Yo vivía en las nubes y creo que hasta hubiera podido volar si lo hubiera intentado, porque

fui un niño feliz. No tenía por qué no serlo. No éramos ricos, ¡claro!, estudié siempre en escuelas públicas donde nos daban todo gratis e íbamos a las tiendas que iban todos, donde todo era más barato. No éramos ricos, ¡claro!; pero conservo muy buenos recuerdos de la niñez, pues para esto no hace falta ser rico.

Nací y me crié cuando aún los Reyes Magos existían, cuando Melchor, Gaspar y Baltasar, visitaban a la gran mayoría de los hogares con niños, con sus tres camellos y sus mágicas bolsas cargadas de juguetes, todos los días seis de enero de cada año, todos los días seis después de año nuevo, después que pasaban las fiestas de la Noche Buena. Esas eran las fiestas de las navidades, que era todo como una gran fiesta de muchos días sin parar donde en cualquier calle o en cualquier vidriera se podía encontrar un adorno, una estrella, un decorado con el nacimiento del niño Jesús, con arbolitos y hasta árboles gigantes de navidad.

Recuerdo que en mi barrio, en la loma del Tivolí, adornaban con bolas, campanas, luces, estrellas y guirnaldas, una Ceiba grande plantada en medio de una rotonda casi triangular. En la pendiente de la loma construyeron una cascada que parecía de verdad, donde peces de colores nadaban y pastores y ovejas tomaban agua. Desde abajo se veían los muros de la estación de policías y desde arriba, desde los muros, se veía el mar.

Antes se podía pasear y ver, se podían recorrer las calles adornadas y cubiertas como por una alfombra de papeles de colores bien unidos, bien pegados que hacían letras y dibujos de palomas, barcos y estrellas sobre nuestras cabezas, que era como si pasáramos por dentro de un túnel, que daban sombra de día y mucho fresco en las calles de sol. Cuando soplaban cualquier brisa los papeles cantaban una música muy parecida al viento cuando está alegre. Se podía pasear por las calles, ir de calle en calle, de túnel en túnel, de sorpresa en sorpresa, buscando la más bonita de ese año, porque toda la ciudad era una fiesta y cada calle esperaba ganar su premio.

Estuve mucho tiempo creyendo en los Reyes Magos, hasta que nos dijeron en la escuela que eso de los Reyes Magos era mentira, que era un truco de la burguesía y la religión; y que los barbudos de la sierra eran los Reyes Magos de verdad que nos traían además de muchos juguetes libertad y justicia para todos. Y fue todo muy duro entenderlo, y fue muy triste mirarlo, porque ya no se adornaron las calles y la Ceiba gigante del barrio se quedó sin luces y la cascada artificial que tanto me gustaba dejó de funcionar.

Esa vez que acompañé a papá al monte (después supe que mamá no estuvo de acuerdo), esa vez era casi fin de año y no había mucho embullo para las fiestas, porque era mucha la guerra y mucho los muertos. Fue para el mes de noviembre. Ahora pienso que fue el mismo mes en que yo nací. Entonces puedo decir que yo nací dos veces en el mismo mes.

Recuerdo que íbamos en su gran motor alemán DKW, de tres velocidades, de color rojo,

con fuerza suficiente para subir montañas. Mi padre le había adicionado un cajón de madera bien pulimentada, que era donde llevaba siempre la mercancía. Recuerdo que unos soldados con ropas amarillas y cascos y armas nos pararon a la salida de la ciudad y registraron todo dentro del cajón. Hablaron algo con papá, algo que no llegué ni a oír bien y mucho menos a entender. Sólo oí que le gritaron cuando nos dejaron pasar. <<Tenga cuidado, Moro, que la cosa no anda buena por ahí>>. Después supe que nos habían dado sólo hasta las 5 de la tarde como plazo para regresar y que en el doble fondo del cajón iban las medicinas y los mensajes para los barbudos.

BARBA ROJA EN TIERRA NEGRA.

Un hombre al parecer nos esperaba. Un hombre espectacular. Un hombre rojo y lleno de collares negros y rojos. Dejamos la carretera y entramos por un enorme terraplén seco y polvoriento. En el medio del camino estaba parado un hombre más bien gordo, con una barba larga y roja, mirándonos con anteojos. Ese fue el que nos salió al paso. Los demás se habían quedado a un lado con fusiles y dispuestos a disparar. A ese hombre le decían Barba Roja y era un famoso guerrillero de la sierra.

Nos llevaron hasta el campamento que estaba bien metido en el monte muy cerca de un río. Papá entró con él y con otros al barracón y yo me quedé afuera respirando el olor de la hierba, mirando los pájaros, descubriendo ese ruido de metales ardientes que tiene el monte, el monte siempre soñado, el monte amado. Yo no entendía muy bien. Sólo vine a entender que algo malo estaba pasando cuando de pronto una avioneta empezó a dar vueltas y a tirar bombas. Mi papá salió corriendo del barracón junto con los barbudos y entre todos cogieron el motor y lo metieron en una hondonada de tierra húmeda debajo de los árboles. Yo me metí con ellos y casi hasta debajo del motor, mientras las bombas lo estremecían todo.

La avioneta no se veía porque estaba volando muy alto, sólo se sentía el motor como el ronquido ahogado de un dragón al final de las explosiones. Los barbudos estaban tirados en el suelo con sus fusiles y ametralladoras apuntando a los pedazos de cielo que se veían entre las ramas; pero nadie disparó, parece que todos esperaban ver al dragón rabiando cerca, pero nadie lo vio y nadie disparó. Oí a un barbudo que dijo <<Las están tirando sin ver dónde las tiran>>. Ese que habló estaba cerca de mí y le hacía señales a los otros para que se estuvieran tranquilos. Todos estuvimos así hasta que el dragón desapareció, hasta que se le acabaron las bombas o las

ganas de tirarlas.

Luego fuimos saliendo del escondite y oí al hombre de la barba roja que le dijo a papá <<No regrese, Moro, que a esto ya le queda poco>>. Los barbudos querían que nos quedáramos con ellos, a vivir como ellos en el monte para hacer juntos la guerra, porque decían que si regresábamos nos podían matar. El de la barba roja me dio unas palmaditas en la mejilla como para buscar mi aprobación. Pero no hacía falta decirle que sí, porque vio que yo estaba de acuerdo. Quería quedarme en el monte y él seguro que me lo descubrió en los ojos, aunque después de las palmaditas se lo dije también con una sonrisa.

Eso era la guerra de la que oí hablar a mi tía Hilda y a mi abuela María, “la guerrilla del doctor Barbatruco” y yo pensé que era médico cuando le decían doctor y pensé que era como John Nelson, el explorador de la selva, el héroe de las aventuras que daban por la radio al mediodía. ¡Qué suerte! Esa sería mi propia aventura, la guerra del monte, de los guerrilleros contra los soldados. Los buenos venciendo a los malos.

Pero papá dijo no, que no nos podíamos quedar, que no podíamos dejar solos a mi hermano y a mamá, que ellos no sabían nada, que para la próxima vez sí, que él sabía que la cosa estaba bien fea, pero que tenía que regresar para poder seguir ayudándolos a triunfar. <<No se preocupen que a mí me conocen mucha gente y todos saben que sólo busco ganar dinero>>. Dijo y rieron.

Fue en el mes de noviembre, a escasos dos meses de producirse el triunfo de la revolución; es decir, la llegada de los Barbudos de la sierra a la ciudad, la llegada del Comediante en Jefe y su ejército de rebeldes el primero de enero de 1959. Esta es una fecha que no podré olvidar. Por esa guerra y ese triunfo muchos murieron y muchos, sin siquiera saberlo, estuvimos a punto de morir.

Porque tiempo después nos enteramos que los soldados nos iban a matar de verdad. Nos iban a disparar por la espalda cuando nos dejaron regresar ya casi de noche. Esto lo contó un soldado que era sargento y conocía a papá. Un soldado del bando de los malos, pero que era bueno. Nos salvamos gracias a él y gracias a mí también que tenía una espalda demasiado tierna para las balas, para morir sin saberlo. El soldado pudo intervenir frente a los demás soldados que nos apuntaban.

Nos hubieran matado de verdad y no nos hubiéramos ni enterado que nos estaban matando, porque ahora sé que cuando la muerte entra por la espalda uno ni se entera, y porque yo ni siquiera miraba ni respiraba el paisaje, porque iba regresando con mi cabeza llena de lo que había visto y vivido en el monte. ¡Lástima no poderlo contar! Iba pensando que era una lástima no poderlo decir a mis amigos del barrio y de la escuela, porque se hubieran muerto de envidia. <<A nadie se lo puedes decir, mijo, porque nos matan>>. Y debía empezar por aprender a guardar el

secreto. Así regresaba, así andaba de regreso, y así tan alelado con las emociones, tan embriagado con la vida, nadie se entera que lo están matando.

Así es. Aún no me tocaba, aún no había llegado mi turno. <<Todo está escrito y sólo Dios sabe cuando nos toca>>, dijo mamá. Estaba como predestinado a vivir y conocerlo todo, a vivir completo mi pedazo de historia para poder entender y contar, para que otros entiendan lo inútil que fue todo, lo amargo que es el sacrificio cuando se defiende una mentira. Estaba como predestinado a sufrir en carne propia las heridas del tiempo, de una historia de violencias y esperanzas, ilusiones y desilusiones, confianzas y desconfianzas, rupturas y engaños que llamaron revolución. Una revolución traicionada por el sistema del doctor Barbatruco, el John Nelson de las aventuras, mi héroe de la selva de los mediodías. Así fue. Cuando entendí todo, no tuve otro camino que luchar contra lo que una vez habíamos defendido.

ANTECEDENTES DE LA GUERRA.

La guerra siempre vivió conmigo; es decir, a mi alrededor. Creo que eso es la historia, es la vida repetida en constantes círculos de guerra. “He cruzado las rocas sin zapatos/ He presenciado mi muerte/ escapándose de la historia vivida/ a saltos mortales”.

Esa vez me salvé de la muerte, nos salvamos de la muerte; pero esa no fue la única vez que estuve tan cerca de la muerte, no fue la primera vez que yo la sentía tan cerca de mí. Años atrás la sentí rugir, porque la guerra es un animal que ruge en el fondo explosivo que tiene la sangre. Uno repara en ella no cuando la siente venir, sino cuando la cuenta desde sus heridas.

Recuerdo que estábamos en el segundo cuarto, cuando sentí las explosiones y las sirenas. Papá nos metió casi dormidos debajo de la cama, “mi cama me sabe de memoria/ desde niño/ ¡coño cuántas cosas sabe mi cama!/ mi cuerpo se hizo en sus esquinas/ y en la espiral de su centro...”, tal y como dije sin tapujos cuando quise escribir mi historia en un monólogo de confesiones. Todavía estaba oscuro, todavía no se había hecho de día cuando escuchamos los disparos y nadie podía levantar la cabeza para ver si era verdad que no había amanecido.

Eso fue a sólo tres cuerdas de donde vivíamos. Allí fue donde nací y crecí, donde me hice hombre y luego tuve mujer y tuve hijos. No podíamos levantar la cabeza. Pegué bien la mejilla, demasiado tierna aún, a los mosaicos de la casa donde siempre viví. Sentí mi corazón retumbando en el suyo. Desde aquel día nos conocimos más, porque “hay volcanes en el vientre de una casa/ como recuerdos/ de orígenes diversos/ como si una luz la ubicara en su tierra y en su aire propio/ para que fuera así de plena/ de singular manera su presencia.”

Eso fue en El Tivolí, “fundado por franceses en tiempos de emigración haitiana...”, en la estación de policías de la loma. Fue también en noviembre cuando unos jóvenes dirigidos por Frank País¹, un poeta que tocaba el órgano y amó a Dios primero y a la revolución después, y que por eso amó al hombre, decidieron hacer la guerra, no con las palabras, sino con las armas, para tumbar al tirano que había usurpado el poder de la nación con un golpe militar.

Recuerdo que cuando íbamos a la loma a jugar a la pelota o a las bolas, nos poníamos debajo de unos árboles en los jardines de unas casas que quedaban frente por frente a la estación de policía. Yo veía a los policías con sus uniformes azules parados en los escalones que daban a la acera por donde cualquiera podía pasar sin miedos a que nos fueran a detener o a registrar. Yo los veía también dentro del local y hasta de pronto jugando con nosotros confiados y risueños como un muchacho más de la barriada. En realidad muchos eran jóvenes del barrio. Las veces que llevaban a alguien preso comentábamos <<a ése lo cogieron robando>>, <<ése le entró a golpes a la mujer>>, <<ése cortó con un cuchillo al vecino>>, y suspendíamos momentáneamente el juego y nos quedábamos mirando cómo los metían en la estación después de bajarlos del carro de policías. La estación estaba rodeada de muros como un castillo por el mismo borde de la loma desde donde se veían los barcos anclados en la bahía, “los barcos quietos como sobre hielo...”. Desde los muros también se podían ver la cascada y la gigantesca ceiba que adornaban cada año como árbol de navidad, la escalinata de Padre Pico y la escuela pública Don Tomás Estrada Palma donde hice la primaria con libros, libretas y lápices de colores para dibujar, porque me gustaba mucho dibujar. Después que los metían en la cárcel, el carro se iba, y seguíamos jugando como si nada. Todo tranquilo, como si no existieran policías, ni presos, ni armas de fuego allí tan cerca, que más bien veíamos que estaban para cuidándonos los juegos para que no nos fajáramos.

Después que atacaron la estación, todo cambió, todo se echó a perder. La atacaron y la quemaron y ya no podíamos ir al terreno a jugar. Mi mamá ni quería que saliéramos a la calle. Yo pensaba que sólo nos lo prohibían a mi hermano y a mí, que era culpa de la represión de mis padres. Pero igual les pasaba a los demás muchachos del barrio. Nuestros padres no querían que jugáramos en la calle después que llegábamos de la escuela. Eso fue por un tiempo hasta que el miedo nuevamente se alejó. Entonces volvimos a la loma para jugar delante de las ruinas

¹ De no haber muerto Frank País en la lucha, hubiera sido un gran líder de nuestra república. No era comunista y tenía mucho más carisma político que Barbatruco. Éste deliberadamente le ordenó seguir como jefe del movimiento clandestino en la ciudad, sin duda el puesto más arriesgado, cuando ya Frank estaba completamente fichado y todos aconsejaban su alzamiento en la sierra para evitar su inminente captura. Dos días después del asalto a la estación de policías Barbatruco desembarcó en la isla con 82 hombres armados.

calcinadas por el fuego y el tiempo.

Sentimos esa vez la guerra bien cerca, metidos debajo de las cama. Sentimos las sirenas de los bomberos que trataron de apagar el fuego. Sentimos a los soldados caminando rápido por las calles y gritando como locos. Querían capturar a los asaltantes. Sentimos como tocaban en las puertas de algunas casas para registrarlas y ver si algunos de los que atacaron estaban escondidos. En mi casa no tocaron, no registraron. Mi casa estaba frente por frente a un callejón y por eso una bala perdida se incrustó en la fachada y dejó su huella, un hueco más arriba de la puerta. “Mi casa lleva una puerta ancha/ es decir colonial/ para que todo pase de la calle a mi casa/ la puerta es un respiradero/ adonde casi nunca voy a tomar el aire/ porque el aire está dentro de mi casa...” <<Esa fue una bala perdida>>, recuerdo que dijo la vecina de enfrente, gorda y nerviosa, agitando las palabras, cuando ya todo había pasado.

El hueco estuvo allí mucho tiempo hasta que papá subió a una escalera y lo tapó, para evitar que le siguieran preguntando y tener que volver a contar la historia de ese día tan oscuro. Pero eso fue antes de pintar la facha de verde, verde como el monte, un poco menos quemado que los uniformes que usaban los barbudos en la sierra para confundirse con el monte.

La fachada de mi casa fue del color de la esperanza cuando papá la pintó, porque la revolución fue su esperanza. Pero eso fue antes de que yo hiciera mi propia familia, porque luego la pinté de azul que es el color de mi signo, el color de la verdad cuando se descubre la mentira. La fachada miraba al callejón y por eso yo podía haber visto todo lo que estaba pasando afuera ese día del tiroteo. Por alguna rendija de la puerta lo hubiéramos visto todo, porque así lo hacíamos mi hermano y yo cuando mamá nos encerraba y no nos dejaba salir a jugar, <<Para que no sean desobedientes>>. Nos escondía las ropas y nos quedábamos desnudos en pelota, con los huevos al aire. Nos tirábamos sobre el mosaico frío, para mirar y sufrir cuando veíamos cómo los demás muchachos se divertían a “la masculina” o a “los palitos”. “Me gustan los mosaicos de mi casa/ son frescos, únicos.../ no olvido que de niño me entretenía/ descubriendo figuras en esa especie de blanco/ ocre y gris de sus manchas/ también estos mosaicos marcaron mis líneas/ resistieron mi peso/ mis caídas/ patines y velocípedo...”

Pero no, esa vez fue peligroso mirar por las rendijas. No nos dejaron. Sólo papá se arrastró por el suelo y miró cuando ya las balas y casi todo había terminado. Yo me daba cuenta de lo que estaba pasando y vi que teníamos el miedo en los ojos y me dio risa. Parece que la risa nace con el miedo. Ni mi hermano ni yo nos podíamos controlar por más que nos pegaran. Por primera vez vi el miedo en los ojos de mamá y sentí que la risa me había entrado con el miedo. Miedo a que los soldados entraran en mi casa y nos mataran. Risa de descubrir el miedo burlándose debajo de mi cama. El cabrón miedo y la cabrona risa de la muerte asechándonos

desde ese 30 de noviembre de 1956, en mi barrio, donde unos jóvenes se ilusionaron con la idea de acabar para siempre con las tiranías, sin sospechar que otra más devastadora vendría.

Esos fueron los muchachos de Frank País que también era poeta y tocaba el piano, que atacó la estación <<Para apoyar el desembarco de Barbatruco y hacer la guerra de liberación nacional>>. Dijo. Y eso nos dijeron en la escuela el día que conmemoramos el aniversario de su muerte. Eso pensábamos también después, hasta que descubrí la mentira y pinté mi casa de azul. Pero esa guerra pasó hace mucho tiempo cuando apenas cumplía los nueve años y a esa corta edad uno no sabe, pues hay que vivirlo para saberlo.

COSAS VIVIDAS.

Creo que estuve siempre cerca de la muerte y de la guerra, aunque es lo mismo. Tres años antes, cuando Barbatruco atacó el cuartel, el 26 de julio de 1953, todavía yo no había cumplido los seis. Barbatruco dijo que estaba celebrando el centenario del nacimiento de José Martí, su principal opositor, a quien declaró autor intelectual del ataque; pero José Martí fue utilizado como su escudo después que fracasó el asalto y Barbatruco fue condenado a 15 años de prisión. Pero al muy suertudo el tirano lo liberó y a mala hora dicen que para hacer elecciones libres, un año después bajo una amnistía para prisioneros políticos que dictó el presidente de facto de la república, un tal Fulgencio Batista que, según Barbatruco, era un terrible dictador que había que eliminar por haber violentado las elecciones multipartidistas con un golpe de estado militar en el año 1952. Maldito pretexto, porque Barbatruco se impuso por el resto de sus días con un nuevo régimen, su nueva dictadura del proletariado <<para ayudar al pueblo>>, dijo. Con toda razón fue calificado como “el mayor cínico de la historia” por un escritor poco divulgado, quien escribió un libro en la prisión, cuando estuvo condenado precisamente por criticar las elecciones de un solo partido y un solo candidato que Barbatruco inventó para perpetuarse en el poder. El poeta demostró en su libro que Barbatruco, quien había tomado el poder a tiros, era el principal enemigo de José Martí, nuestro héroe nacional, destacado poeta y líder luchador por la libertad y la independencia.

Han pasado muchos años y muchas cosas han pasado, cosas que nunca pensamos que pudieran pasar y que me harían cambiar tanto. Ahora puedo recordar y comparar. Por eso le dije a mi esposa con el corazón alumbrado por hambrientas luciérnagas. dos meses después que

empezamos a descubrir las cosas soñadas, dos meses después que salí de la prisión y llegué como refugiado a mi nueva patria: <<Dime, Martica, ¿en qué planeta hemos aterrizado?>>.

Los hombres viven sus propias experiencias, todas las personas viven y pueden sacar finalmente conclusiones. Cuando uno vive muchas experiencias, uno descubre que hasta puede escribir una novela. Pero para escribir una novela hay que tener paciencia y nunca la tuve.

Siempre he pensado que la poesía es más fácil, aunque sigan diciendo los críticos que éste es el género literario más difícil. Pleno “aflorando de vida en el empuje de las ramas/como cuando jugábamos con el color de las semillas/ en el traspatio donde alguna reventaba por azar;/ o festejábamos el corte de la luna en las terrazas/ cuando fuimos comprensivos, luego arrepentidos tú y yo,/ al despedirte esa noche frente a la puerta de tu cuarto...”

Después de la poesía prefiero el cuento. Me gusta hacer malabarismos y estructuras, usar las técnicas inventadas, inventar las mías.

El cuento me gusta porque puedo terminar la historia con rapidez. Siempre estoy apurado. Ese es mi mayor defecto. Vivo en guerra constante conmigo mismo. Me asfixia pensar que no pueda terminar lo emprendido. Con el cuento puedo sorprender y dejar que su final me sorprenda.

Creo haber vivido con demasiada prisa, sin darme descanso, porque pienso que el tiempo se va a acabar, porque sé lo que todos sabemos, que después de tan poca vida hay demasiada muerte, “porque sabemos/ que después de todo/ el después es el más largo de los viajes...”

Tengo cosas vividas y una cabeza para pensar. Sé que hay quien no la usa y actúa con la cabeza de otro. Eso quieren los tiranos, que todo gire a su alrededor. “Uno sólo piensa y los demás se mueven. Retazo de un periódico/ arrojado a la cuneta. Quejas en la ausencia./ Una hembra en celo como la jirafa encendida de Dalí/ es la hipocresía del guardián. La nada...”

Pienso y saco mis conclusiones. Tengo la virtud de decir lo que pienso y de pensar lo que digo. Nací con cierta vocación para el arte y esto me llevaría a entender la revolución de otra manera. No soy su fruto como me hicieron ver. Soy un fruto perdido o encontrado en mí mismo a pesar de haber vivido atrapado entre sus redes. Viví conscientemente mi tiempo. Saqué mis conclusiones y tengo cosas que contar con absoluto sentido de la responsabilidad.

Como viví desde el principio una revolución que todo lo cambió, pude medir los cambios. Viví lo que vivió la sociedad, compulsada por la violencia y los dictámenes de un comediante que nos hizo gritar ¡paredón!, ¡paredón! para aquellos que se rebelaron, porque habían descubierto bajo muchos riesgos la mentira. El Comediante nos pintó la historia de un sólo color, del color de la sangre, y será recordado no como un creador de bienes, sino como un creador de desgracias,

como “el mayor cínico de la historia”.

Tengo, vamos a ver, que viví los primeros años del triunfo de Barbatruco sin entender.

Tengo que participé como maestro en la campaña de alfabetización. Tengo que trabajé incondicionalmente para la revolución, pero que fui joven en la Década Prodigiosa de Los Beatles, genios que invadieron el mundo con su magia y su música.

(Aquí puede escucharse la música de una de sus canciones hasta un primer plano y luego bajarla a segundo plano, para que se pueda escuchar con firmeza mi voz. Créanme que bajo esta atmósfera bitleriana se puede digerir mejor ésta parodia al estilo Nicolás Guillen, declarado como poeta nacional).

Tengo que tuvimos que decir que estos famosos cantautores eran locos enajenados del capitalismo para que se nos dejara estudiar en las escuelas de la revolución. Tengo que fui un joven revolucionario, que quería estar a la moda, usar pitusa y pelo largo, y por eso perseguido y encarcelado muchas veces.

Tengo lo que sufrí y lo que otros sufrieron y pienso que mi signo es el culpable.

Tengo los desaparecidos y los que fueron llevados al pelotón de fusilamiento o a los campos de trabajo forzado. Tengo que viví bajo amenaza, lejos de mis sueños, que fui un joven común donde querían fabricar al “hombre nuevo”, que a los 16 quise irme de mi país, porque quise ser como Los Beatles y la revolución de Barbatruco impuso la siniestra doctrina de ser como el Che después de su fracaso y muerte en Bolivia.

Tengo que a veces me pude escapar de las nocturnas redadas policiales, de los asaltos a los parques, a las calles, a las casas, a nuestra fiestas.

Tengo que conocí el dolor de las torturas, físicas y psicológicas, mezcladas con el orine y la mierda de los calabozos de mi amada ciudad, de mi país donde ir a la iglesia y creer en Dios era pecado.

Tengo, vamos a ver, heridas que lavar y barcos que echar a la mar, que tengo lo que se logró destruir y lo que no se pudo lograr, que fui a la universidad cuando había que renegar de Dios para poder entrar, que fui actor de teatro y que luego fui asesor, guionista, actor y director de la televisión, que fui un mal actor o doble actor, porque decidí fingir y hasta sobreactuar para poder sobrevivir, que usé la doble moral y llegué a los predios del amo con cara de ángel y manos de puñal.

Tengo que fui expulsado del trabajo, que fui una voz cuando muchos callaron, no porque tenga alma de héroe, sino porque no aguantaba más, cojones, porque golpear y meter en la cárcel a una poetisa me hizo saltar. Duele en cualquier hombre ver una turba golpeando a una mujer, que además no es cualquier mujer, sino un premio de poesía nacional.

Tengo que también fui a dar con mis quejas a la prisión, por sólo denunciar la estafa del comediante dictador durante las llamadas elecciones del 92.

Tengo que soy un desterrado. Soy uno más de los más de dos millones que andan esparcidos por el mundo.

En fin, que creí cuando todos creíamos, pero que abrí los ojos como muchos, estos ojos, mis verdes ojos que saben llorar y brillar con esperanza aun en los momentos de agonía, estos descubridores ojos, abiertos antes de volver a vivir en este nuevo planeta donde acabamos de aterrizar.

<<Llorarán lágrimas de sangre cuando se conozca la verdad>> sentenció antes de morir mi abuela frente a los crímenes y atracos de Barbatruco, el pirata comediante más terrible y temido del Caribe.

Y tenías razón, porque “No hay razón para nacer en el barranco del absurdo/ y descubrir a punto nuestro espectro/ donde un gato lo acorrala...”

¡Ah, mi querida, mi sabia abuela!: “Ojos del futuro serán sus ojos...”

MAESTRO EN EL PARAISO.

Cuando triunfó la revolución de Barbatruco yo tenía 11 años cumplidos y los 13 los vine a cumplir en la Campaña de Alfabetización. Había asistido al llamado de su gobierno para formar maestros voluntarios y enseñar a leer y a escribir en todo el país, principalmente en el campo. Yo acababa de terminar el 6to grado, el último grado de la escuela primaria. Fui un alumno creativo sobresaliente en los estudios, me gustaba pintar, hacer trabajos manuales y artesanales

Había ganado premios escolares. Había salido en la prensa local después de ganar una competencia de artesanía con una enorme maqueta de un central que saqué de una fotografía de un libro de 5to. Grado. Fue construido con mínimos recursos, con latas y envases de madera, cartón y cartulina donde hasta los trenes y las cañas de azúcar aparecían representados. Tenía ilusiones y una balbuciente vocación de artista, aunque yo siempre decía que quería ser médico, no sé por qué, porque tradición familiar no había.

A finales del año 60 comenzaron los preparativos.

Recibimos un entrenamiento en Ciudad Libertad, en la capital, “el primer cuartel convertido en escuela”. El lema era convertir en escuelas los cuarteles militares del ejército de la derrocada dictadura. No se necesitaban cuarteles para el nuevo ejército. Decían. Porque el plan de Barbatruco era convertir la isla entera en un cuartel.

La playa Varadero fue también un escenario para la preparación. Se nos dieron uniformes, mochilas con hamaca, farol, libros; y regresamos en trenes cañeros, bajo hambre, lluvia, sol y sereno, para invadir los campos como un ejército más al servicio de la Patria, sólo que equipados esta vez con lápices y libros para la enseñanza.

La campaña tenía trazado un doble objetivo. Primero, llevar a los lugares apartados el mensaje de que había triunfado una revolución que traería beneficio y justicia para pueblo. Segundo, enseñar a leer y a escribir para crear una imagen de cambios positivos en la opinión pública.

Hasta octubre de 1961 el país estuvo enfrascado en la campaña y con ello se trataron de aplacar los ecos de los fusilamientos masivos realizados contra los elementos que habían servido al anterior tirano o conspiraban contra el nuevo régimen. La pena de muerte se implantó para crear terror y el mundo se alarmó y protestó ante la deliberada masacre.

La campaña jugó su papel. La propaganda del gobierno aseguraba que de cada cien habitantes habían 40 analfabetos, pero las estadísticas en poder de la ONU y otras organizaciones internacionales reflejaban que en 1958 en la Isla existía sólo un 18 % de analfabetismo, un porcentaje mucho menor que el de otros países latinoamericanos.

Durante la campaña todo se puso en su función. Las escuelas públicas cerraron y los estudiantes que no participaron en la alfabetización se inscribieron en escuelas privadas para aprovechar el tiempo. Las escuelas privadas tuvieron así su última oportunidad en la enseñanza. Podemos decir que la campaña de alfabetización fue el comienzo del fin de las escuelas privadas, laicas o católicas en la Isla. Toda la enseñanza pasó a manos del gobierno. La educación tomó un carácter de adoctrinamiento político. Se pensaba así allanar el camino para la formación de “el hombre nuevo”.

Fui de las primeras víctimas en este proceso para hacer de los estudiantes un esquema que respondiera a los intereses del poder. El adoctrinamiento estuvo presente en nuestra misma preparación y, como alfabetizadores, debíamos transmitir a nuestros alumnos este discurso: la revolución había llegado para hacer justicia y debíamos amarla y defenderla siempre por encima de todo, incluso de la familia. Nos convirtieron sin saberlo en los primeros mensajeros de esta doctrina, utilizada con éxito por los fascistas durante su guerra de invasión mundial para crear “la raza superior”.

Me enviaron en Jeep, junto con otros brigadistas, a un monte muy apartado, en el centro mismo de la provincia oriental. Salimos a media mañana. El barrio Las Calabazas de Mayarí Abajo era nuestro destino. El camino estaba muy difícil de transitar, había mucho fango y a ratos el Jeep se atascaba y teníamos que bajarnos y empujar para sacar las ruedas de los charcos. Sólo se sentía

el ronquido del motor en medio de la soledad. Y un olor a tierra herida y mojada salía del fango. El comienzo parecía brutal y los cuatro brigadistas no pasábamos de los 15 años de edad. Yo acababa de cumplir 13 y fui el último en ser ubicado en esa zona. El penúltimo fue una joven trigueña de ojos dormidos y pelo largo que viajó todo el tiempo a mi lado y que se dejaba caer con frecuencia en cada salto del Jeep para que yo la sujetara. No dejamos de mirarnos a pesar de llevar los nervios destrozados por los peligros del camino. Sin ponernos de acuerdo deseábamos caer juntos. Y la suerte nos acompañó. La dejamos en una casa situada a unos dos kilómetros de la mía, en un mejor lugar, por ser mujer, con ciertas comodidades, más que la mía, porque la mía era un bohío pequeño a la orilla de un terraplén polvoriento por donde transitaban bueyes, caballos, carretones y algún camión de “Pascuas a San Juan”.

El piso del casucho era de tierra y sus paredes de yagua, roídas, llenas de agujeros, por donde se filtraban hambrientos los insectos. Había sólo dos cuartos y no tuve más opción que una esquina de la sala. Se nos había alertado que las condiciones eran muy difíciles para que no nos asustáramos frente a la realidad. De todos modos me asusté demasiado. Jamás había visto nada igual. En el bohío vivían dos viejos con siete muchachos entre hembras y varones, casi desnudos, alrededor de mi edad. El menor andaba los 8 años y la mayor los 16.

La cocina estaba detrás y era apenas cuatro palos rodeados de yaguas mal colocadas en el fondo y un techo de guano, agujereado por donde entraba implacable la lluvia. Era abandono total, no escasez. La yagua y el guano de la palma real estaban a patadas, regados en el monte. Sólo se tenía que recoger y colocar. Esta fue una de las primeras cosas que me propuse hacer.

En la mochila traía la hamaca y antes de que cayera la noche la amarré a dos poste gruesos de la sala. Ellos me querían dar un lugar en una cama junto a los varones, que dormían en el mismo cuarto de las hembras. Yo les dije que no quería molestar y que tenía una hamaca. En el cuarto sólo había dos camas no muy grandes. Los más pequeños dormían con sus padres en otro cuarto.

No recuerdo mucho la primera noche, sólo recuerdo que me miraban y me miraban como a un ser de otro planeta, que apenas hablaban y que apenas pude dormir. Me habían designado como alumnos a los viejos y a sus dos hijas mayores. Tenían carnes bien formadas y brillosas, y vestían con descuido como sin querer vestir. Los menores estaban asistiendo a la escuela, a la única escuela que siempre existió.

Al siguiente día comencé las clases. No se podía esperar. Era lo orientado y me gustaba mi trabajo. Descubrí que tenía vocación para maestro. Esta experiencia me sirvió para mi primer empleo en las Escuelas de Educación Obrera y Campesina. Entrar en contacto con la naturaleza y la vida del campo fue para mí sensacional. Eso era precisamente lo que quería. Por eso, me

incorporé a la compañía, a pesar de la resistencia de mis padres.

Al principio no querían firmar la autorización, pero finalmente los convencí. Como papá simpatizaba con Barbatruco y había luchado por el triunfo de la revolución, me fue más fácil convencerlo. Pero a mamá no. Ella pensaba que era muy niño para andar pasando trabajo por el monte y, además, ya empezaba a tener sus reservas contra el régimen que decían que era comunismo. Mis tíos lo decían y ella confiaba más en la inteligencia de mis tíos que en la de papá.

Fui criado con esmero y buenas costumbres, aunque un poco encerrado en la casa; es decir, con mucho menos libertades que los de mi edad. Pienso que tuve la suerte de salir y conocer el mundo por mí mismo y que esto fue lo que me hizo entender rápidamente los valores insospechados que tiene vida. Mi voluntad, mi determinación siempre estuvieron presentes, y en todo momento. Esto fue definiendo mi carácter, moldeando mi conducta, mi responsabilidad. Me gustaba actuar por mí mismo. Quería ser libre, ser independiente de todo, hasta de mi familiar. Esto es un instinto casi animal. Mi rebeldía, mi temperamento aventurero fueron factores que sin dudas me llevaron a participar en la Campaña de Alfabetización. Quería tocar las nubes, descubrir y entender por mí mismo la realidad.

EL PRIMER ESCALÓN.

La noche en que se apareció papá en la casa, estábamos todos de fiesta. Afuera llovía y a la luz del quinqué un campesino y una guitarra entonaban una canción. Hacía más de un mes desde que llegué al lugar y ya había pasado por todo, desde una diarrea incontrolable que me dejó seco y por poco me mata, hasta montar caballo como un guajiro más. De cuando en cuando me iba con los muchachos a caminar por el monte. A mis alumnas les gustaba el río, pero si no iba yo, ellas no iban. Se volvieron disciplinadas y obedientes en todo. Me di cuenta que sentían placer al obedecer mis peticiones y complacer mis gustos. Yo me bañaba en chor y ellas con vestidos de una tela muy fina y muy blanca que se les pegaba demasiado al cuerpo cuando se mojaban. Recuerdo todo como alucinado. Me gustaba verlas retozar en el agua. Pero como era tímido no me dejaba arrastrar, y trataba de no fijar la vista en la sombra negra que se dibujaba entre sus muslos, y sólo miraba con el rabito del ojo al tiempo que trataba de sofocar el calambre de mi estómago por culpa de mi sorprendida ansiedad. Lo hacían todo muy natural. No había en sus gestos la más mínima provocación. Eran sus formas habituales, las ingenuas formas que excitan más.

No había tenido aún experiencia sexual. Desconocía mi fuerza en el glorioso acto de la eyaculación. No sabía nada, pero el olor y la soledad del monte despertaron en mí los instintos. Sólo había visto mujeres desnudas en fotos y revistas, pero no completamente desnudas. Las imaginaba, las presentía y temblaba con sólo suponerme en el cálido abrazo y no podía dormir por no saber qué hacer con mi indomable erección.

Tiempo después sufriría de insomnios con los recuerdo de Cristina una vecina que en el barrio nos volvía loco a todos con su aroma y su alarmante indiferencia.

“Yo era culpable. Me echaba a nadar sin orillas en el oleaje de la imaginación, en mi tortura de aguas turbulentas y sublimes, con la simple idea de encontrarme con Cristina, encerrados ella y yo solos, vencida, pidiéndome más, y pasarle las manos por el cuerpo duro, por sus piernas duras, por sus muslos blancos y duros, y darle de besos, arriba y abajo, de todos los colores, desde la boca hasta los pies, recorriendo sus líneas hasta tropezar como al descuido con su pubis, con su “monte de Venus” como dice Ramiro, como diosa al fin que es, rendido en la espesura de su monte, y dejarme deslizar mucho más, perdido como un animal entre sus ramas, hasta el precipicio de sus labios olorosos y húmedos. De sólo pensar en esto me estremecía como con frío, como con rabia, con el miedo y los deseos mezclados en la oscuridad, frente a la noche y al cielo profundo de mi agonía.

Pero era imposible. Era una cima inalcanzable, no sólo por ese aire de reina que siempre llevaba, sin mirar a nadie, como dueña del cielo y la tierra, sino también por sus años. Por eso, como lo sabía imposible, me levantaba, bien tempranito, para verla, arriba en el balcón, envuelta aún en su bata de dormir, para descubrir, al menos, alguna apertura de su laberinto, alguna luz que me indicara el camino de sus piernas perfectas. Todo en ella era ceremonial y perfecto, hasta con el cepillo de dientes, hasta cuando doblaba el cuerpo fuera de la baranda para escupir el chorro blanco y espumoso de pasta dental, que brotaba como merengue, como catarata azucarada, jugosa, de sus labios azucarados y jugosos.

Tenía realmente que contenerme para no correr y pararme debajo y dejarme caer todo el espumarajo, copioso sobre la cara. Así me pasaba los minutos hasta que cerraba otra vez su ventana moviendo su cuerpo como un humo escapando a la irrealidad. Y yo me quedaba allí unos minutos más hasta que mamá me llamaba para el desayuno y luego tener que salir para la escuela donde no tenía otra cosa para aprender que no fuera el sabor de su cuerpo, el aroma de su desnudez, multiplicando y sumando sus curvas con los latidos acelerados de mi corazón y los impulsos de mi mano bajo el pupitre, bajo las miradas incrédulas, y mi cuerpo convulsionado en la cima de los libros abiertos, en su ecuación final. ¡Ah, mi reina, mi Cristina, mi diosa de la

eternidad...!”

Las fotos pornográficas las vine a conocer tiempo después, en la beca, el día en que un gallego de Camagüey y un negro de Santiago se enfrascaron en una alucinante competencia, delante de todos, para ver quien llenaba primero un pomo a base de masturbaciones. Entonces me encerré en el baño y frente a mi rostro convulsionado y el gigantesco espejo, rompí la inercia aceleradamente hasta hacer brotar los chorros de mi desesperación.

Mis alumnas hacían competencias delante de mí para ver quién se robaba primero mis afectos. De esto me di cuenta. Pero ninguna ganó. Las dos quedaron empatadas. Habían cambiado repentinamente en todo, hasta en su modo de vestir, hablar y caminar, después que un día les dije que me gustaban las flores, porque << las flores y las mujeres andan juntas por la vida>>. Pero no entendieron la metáfora de lo que pudo haber sido mi primer poema, y me tomaron la frase al pie de la letra. Desde entonces se colgaron siempre alguna flor en el pelo o en cualquier parte del cuerpo. Me di cuenta así de que podía hacer con ellas lo que me diera la gana, pero nunca abusé de mi poder. Siempre fui tímido o, mejor dicho, respetuoso con la ingenuidad, y las veces que pude tenerlas rendidas me contuve. Aunque estuviéramos solos en el platanal supe reprimir mis deseos.

Yo era el centro de la familia. Todo lo que orientaba se cumplía sin ninguna contradicción. Fui como un rey desperdiciado en medio de tanta inexperiencia y temor. No recuerdo sus nombres, sólo sé que los quise a todos por igual, rápidamente, y que ellos me quisieron mucho más.

Cuando regresábamos del río ellas me cogían la caja de talco para echarse encima. En varias ocasiones las pude ver disputándose la mota, completamente desnudas, a través de las yaguas agrietadas que intentaban cubrir las paredes. Ellas sabían que las paredes tenían rendijas, pero todo lo hacían muy natural, como si no existieran ojos para ver, ni sexo vigoroso que doblegar. ¿Querían que yo las viera? No sé. Ellas sólo querían usar el talco, pensé, porque era su gran descubrimiento. Y el talco fue una fiesta mágica en sus cuerpos hambrientos, cristalinos en el aire cómplice y burlón que a veces no me dejaba verlas bien. El talco fue para ellas como un juego desconocido y encantado. Luego salían y me echaban a mí, hasta que se acabó.

Creo que estuvimos enamorados. Fue bonito todo así de mentiritas. Eran muy tiernas y como no supe nunca escoger una, me quedé sin ninguna, o mejor dicho me quedé con las dos. Así fue mejor. Fueron mis alumnas y mis novias sin que lo supieran. Fue un pacto secreto porque los viejos ya me habían seleccionado para una de sus hijas. Pero fui un hijo más, un hermano más en aquel rincón agradecido de personas complacidas y complacientes con mi llegada.

Yo construí una caseta delante de la casa para colgar mi hamaca durante el día. A pesar de que se aproximaba la temporada del invierno y la casa era muy fresca, vivimos tardes de mucho calor que yo trataba de combatir con baños en el río y siestas al exterior. La había construido con palos del monte y guanos de palma, sin paredes, casi debajo de una mata de flamboyán. También preparé un jardín donde tenía varias plantas florecidas. Allí nos íbamos a estudiar y a conversar de lo que sabíamos o queríamos saber. Ellas me hablaron de espíritus y aparecidos y de las cosas raras que habían visto. Me hablaron y me ensañaron su mundo. Yo les hablé del mío. Ellas hablaron de las leyendas del monte y yo de los adelantos de la ciudad. Y quisieron visitarla <<Quiero ir a la ciudad -me dijo la mayor-, para saberlo todo>>. Porque su padre le había dicho que ese era un sitio muy peligroso para las mujeres bonitas, cosa que no me atreví a desmentir porque aún no había descubierto la verdad.

Desconocían muchas cosas. Era una familia honrada sin ninguna orientación. Eran campesinos muy pobres y muy nobles, con un pequeño pedazo de tierra para sembrar y criar animales. Necesitaban un poco de atenciones y creo que lo logré sólo con mi presencia. Eran buenos, pero ignorantes. No conocían siquiera lo que era una letrina. Hacían la caca en cualquier lugar como los animales. Yo les enseñé que era muy fácil construir una fosa en el patio, que era más cómodo ir al patio que ir al platanal o al maizal, que era más higiénico y seguro limpiarse con papel que con hojas o tusas del maíz. Me contaron que un día el más pequeño se limpió la nalga con hoja de guao, una planta que produce hinchazón y picazón, que el muchacho gritó como una chiva y que hasta fiebre le dio. El chiste sirvió para reírnos mucho y para convencerlos de que era mejor construir una fosa común.

Todo fue muy sencillo. Abrimos un hoyo profundo en el patio, le pusimos unas tablas de palma con un agujero en el centro. Con palos y yaguas secas hicimos las paredes y el techo. No hizo falta dinero, sólo conocimiento y voluntad, porque los recursos estaban al alcance de la mano. El concepto que tenían de que la mierda podrida era buena para abonar el conuco fue vencido por mis consejos y mis explicaciones sobre lo perjudicial que esto era para la salud. _Así evitamos la propagación de los parásitos intestinales, las moscas, las guasasas y los microbios que casi siempre entran por la planta del pie al organismo>>.

_¡Mira que usted sabe, maestro!

_Sí, eso es lo bueno que tiene saber leer.

Los barones andaban descalzos todo el tiempo. No usaban zapatos. Había uno de 9 años que decía que no les gustaban, que les molestaban para caminar. Tenía los pies ya deformados y duros. No quería usarlos, hasta que lo convencí. La vez que fuimos a la bodega a comprar arroz y pan, porque sólo comíamos carnes, leche y viandas, le compré un par de zapatos, y cuando se los

puse no los pudo soportar. Pero poco a poco les fue cogiendo el sabor hasta para ir con ellos a la escuela. Los demás volvieron a ponerse sus zapatos viejos porque entendieron también que era mejor.

La tienda estaba muy lejos y sólo iban una vez al mes por azúcar, sal, bacalao y algún jabón. Eran pobres y carecían de ciertas cosas elementales, porque no las consideraban necesarias para vivir. Sin embargo, no pasaban hambre. El boniato con leche o café era un buen desayuno. Se comía plátano y maíz hervido o asado dentro de las brasas y las cenizas del fogón. La carne se metía en salmuera a falta de refrigeración. Nunca se acostaron con la barriga vacía. Nunca nos acostamos sin comer.

Yo vivía entre ellos, como si hubiera vivido allí alguna vez, por eso pienso que soporté bien el cambio. Otros maestros de la zona se rendían y retornaban a sus casas vencidos por la rudeza del lugar y nadie los sustituyó. Por eso muchos se quedaron sin alfabetizar. Las condiciones de vida eran bien duras para los acostumbrados a las comodidades de la ciudad. Nada me fue difícil porque enseguida puse a funcionar mi creatividad. Sólo tuve miedo al principio cuando oía a los cangrejos caminando de noche entre los palos del techo y el guano. Parecía como si algo estuviera royendo la madera. No podía creer que fueran cangrejos hasta que los vi caer un día sobre mi mosquitero.

En general tuve pocos miedos. Nunca le temí ni a la culebra, ni al majá, ni a la araña peluda, ni al alacrán. Estos son los más peligrosos habitantes del monte. Yo me sabía defender. Yo mismo los mataba con un machete o a palos cuando entraban a la casa o me aparecían por el monte. Yo no fui una carga para la familia. Sabía ganarme el pan.

Todas las noches les enseñaba lo que sabía bajo la luz de la lámpara china que nos habían entregado o bajo el quinqué de petróleo que ellos tenían. Claro que también aprendí. Me enseñaron un día a hacer una lámpara con cocuyos del monte. Cogimos tantos que la botella se iluminó y el verde se regó en la sala. Sé que fue allí y no en otro lugar donde empecé a descubrirme, a conocer mi capacidad, mi voluntad y mi fuerza. De lo contrario no sé que hubiera pasado conmigo tan enfaldado siempre y tan frenado. Fue mi primer escalón para soportar mejor los choques que estuvieron esperándome siempre al doblar de las esquina.

Yo me transformaba al mismo tiempo que la familia se iba transformando. Mis alumnos aprendían a leer y a escribir y yo aprendía a vivir a pesar de las limitaciones. Yo les orientaba cosas que ellos debían saber para vivir mejor.. Me sentía útil. Ellos me enseñaron a entender y a amar más la naturaleza. Yo les ayudaba en la cría de los animales, a sembrar en la tierra arrendada que después les regaló el gobierno con la Reforma Agraria para que fueran propietarios y que después se las quitó con el pretexto de las Cooperativas Agropecuarias. Había ido allí para

cumplir conscientemente con una tarea de la revolución y estuve siempre dispuesto en esta entrega, sin sospechar que todo era parte de un truco de Barbatruco, quien nos empujaría finalmente a la rebelión; porque los supuestos beneficios los tendríamos que pagar, a la corta o a la larga, con cuotas arrebatadas a nuestra propia libertad.

Pero vivíamos de repente felices. Por eso la noche en que mi padre me fue a buscar, bajo la lluvia insoportable y su capa negra, lloraron, lloraron mucho, mucho, y yo también lloré.

CAMBIO DE ESCENARIO.

Mi padre trabajó como voluntario para la Campaña de Alfabetización y tan pronto como pudo me buscó un lugar más cerca y con más comodidades. Ya lo tenía todo arreglado en el poblado de Sevilla a unos pocos kilómetros de Santiago. Allí tuve otro alumno que aprendió muy rápido. Había sido mayoral de la finca Hicacos dedicada a la crianza de ganado vacuno. Se había convertido en administrador de la finca después que ésta y la lechería fueron intervenidas por el gobierno y la Ley de Reforma Agraria.

Con esta ley, dictada el 17 de mayo de 1959 y su llamado a "la adecuada redistribución de tierras entre gran número de pequeños propietarios y agricultores"², aparecieron nuevas esperanzas entre los hombres del campo. Pero después de repartidas las tierras, El Estado volvió a recogerlas con su política de concentración en las Cooperativas Agropecuarias. El campesino convertido en propietario pasó a ser de pronto un obrero asalariado. Más tarde se volvió todo un desastre para la agricultura que veía arruinada la mayor parte de los terrenos intervenidos o reagrupados. Sin embargo, prosperaban las tierras de los que se habían negado a entregarlas a las cooperativas.

El ex-mayoral de Hicacos, un negro inteligente, serio y corpulento, con más de seis pies de estatura, llamado Quino, quien me recordaba la figura ecuestre de Antonio Maceo cuando montaba el caballo Muñeco del antiguo dueño, era un buen trabajador. Quino hubiera dado la vida con gusto por Barbatruco, sobre todo después que lo hicieron administrador de la finca a pesar de ser analfabeto. Pero apenas tenía tiempo para estudiar y había días en que se iba directo del trabajo a la cama para dormir algunas horas y levantarse antes que saliera el sol.

² El 3 de octubre de 1963 se dictó una Segunda Ley de Reforma Agraria que redujo a cinco caballerías el límite de las tierras. Muchos de los dueños de fincas fueron afectados por las dos leyes. La primera ley permitía un límite de hasta treinta caballerías de tierra.

Era muy noble y se llevaba bien con todos. Nadie tenía quejas de él. Siempre bien visto y respetado, vivía con su mujer, cinco hijos, que eran más o menos de mi edad, y una sobrina mayor que yo. La casa, con techo de guano, paredes de mampostería y piso de cemento, tenía cuatro cuartos y tuve una cama para mí. Tenía refrigerador y televisor, pues por la carretera, que dividía la finca y que conducía a la playa Siboney, pasaban los cables de la electricidad. También tenía un corredor elevado y desde allí se podía ver, a unos doscientos metros, la casa de ordeño. Todo fue mejor y más entretenido. Mis padres podían visitarme todos los fines de semanas en el motor, llevarme de cuando en cuando a la playa y de paso visitar a los clientes que tenían en la zona.

Aprendí a recoger el ganado a caballo, a ordeñar las vacas y a tomar leche de apoyo. Era una leche caliente, espesa y espumosa a la que agregaba a veces un poco de café y un toque de azúcar prieta. Me gustaba mucho y había vacas especiales que daban una leche especial. Poco a poco las fui conociendo y yo mismo las ordeñaba.

Todos me querían en la lechería y en la casa de mi alumno. Su mujer, llamada Elisa, una negra redonda y bonachona, de fina voz, linda sonrisa de dientes blancos y parejos y delicados gestos, me besaba con amor y decía que yo era su hijo blanco. Fui uno más de la familia. Les ayudaba en todo. Fui voluntarioso y trabajador. También allí construí un jardín en el frente de la casa. Estaba siempre dispuesto para resolver cualquier situación, cualquier necesidad.

Recuerdo la vez que decidí operar a una gallina que se estaba muriendo. Tenía como un tumor a un lado de la cara que le cerraba el ojo, y decidí picarle el tumor para sacarle el pus y salvarla, porque era una buena gallina ponedora, me dijeron.

_Si la opero la puedo salvar.

_Hagan lo que quieran con ella, pues parece que se va a morir de todos modos.

Confiaron en mí, en mi equipo de asistentes, miembros de la familia. Desde pequeño yo decía que quería ser médico y pensé que tenía vocación para eso. Pero me equivoqué. Fue con la operación de la gallina que me di cuenta que no servía. Pero no escarmenté con el primer error, sino muchos años después frente al pelotón de fusilamiento de un hígado humano completamente disecado.

Le corté el tumor a la gallina con una cuchilla de afeitar que desinfecté previamente con alcohol. Pensé que con un pequeño corte sería suficiente para que saliera el pus a borbotones. Pero no, el pus estaba seco y duro y sólo salió la sangre, mucha sangre, una sangre casi negra que no supe como contener. Los de la casa empezaron a gritar porque la gallina se estaba desangrando y mis ayudantes me dijeron que le echara azúcar prieta para que ayudara a la coagulación.

_Échele azúcar, maestro, que así se tranca la sangre aquí.

Pero nada.

_¿Ustedes están seguros que el azúcar sirve?

Pero nada. La gallina pataleaba sobre la tapa del barril que yo había escogido como mesa de operación y la sangre lo salpicaba todo cuando la pobre gallina pataleaba y aleteaba tan cerca de la muerte. Fue un momento de desesperación y descontrol que pensé que no podría superar. Traté entonces de sacarle el pus introduciéndole un gancho de pelo por dentro de la herida.

El pus salía duro y seco y la gallina pataleaba. Se moría. Entonces sucedió que por poco me voy de este mundo, que casi pierdo el conocimiento. Mis ayudantes tuvieron que abandonar la gallina para intentar reanimarme con la botella de alcohol. Por poco el que se muere soy yo. Ellos fueron los que terminaron la operación, pues estaban acostumbrados a descuartizar lagartijas y toda clase de bichos del monte. La gallina se salvó, pero yo no pude salvar mis pretensiones de cirujano. A esa edad es casi imposible aprender la lección.

HORNOS PARA CARBÓN.

Cuando mi alumno estuvo alfabetizado, me trasladaron para otra casa por la misma zona, pero para un lugar más intrincado en el monte, bien lejos de la carretera. Esa vez me tocó nuevamente vivir en pésimas condiciones. Volví a una casa muy pobre, volví al candil y al piso de tierra, pero aprendí cosas nuevas, aprendí a preparar hornos para hacer carbón con palos verdes del monte, porque mi nuevo alumno era carbonero, un guajiro muy trabajador y muy celoso, que nunca permitió que me quedara solo con su esposa.

Siempre me llevaba al trabajo con él. Casi me explotaba y con el truquito de la ayuda que debía brindarle me tenía siempre cerca y controlado a causa de los celos. <<Eso es lo malo que él tiene, pero es muy bueno en lo demás>>, decía ella algo apenada, porque no podía aprovechar las horas del día para que yo la enseñara a leer y a escribir. Tenía que dar las clases de noche a los dos juntos cuando regresábamos y él casi siempre se dormía como un tronco sin reparar que en ese momento ella me agarraba y podíamos acabar con el mundo.

Nos levantábamos temprano en la mañana y salíamos juntos a cortar palos del monte en lugares donde apenas se podía pasar. Íbamos equipados con hachas y machetes bien afinados y nos juntábamos con otros hombres que trabajaban para el mismo horno que poco a poco se iba armando. En eso nos pasábamos todo el día. Llevábamos el almuerzo en una jaba y no regresábamos hasta el oscurecer.

Hacer un horno de carbón es fácil, pero requiere técnica y esfuerzo; porque en cualquier descuido el horno se puede convertir en un montón de cenizas y el trabajo de muchos días puede echarse a perder. Los hornos son como volcanes. Parecen montañas humeantes de diferentes

tamaños. Yo me quedaba embobecido mirándolos crecer poco a poco sobre la tierra ennegrecida, día a día. Creo recordar cómo lo armaban.

Primeramente enterraban un palo largo en un claro del monte y luego acostaban otro palo largo en el suelo y lo unían en un extremo al palo enterrado. Estos palos eran las guías, como el centro y el radio de una circunferencia. Luego recostaban muchos palos alrededor de la guía central hasta ir haciendo una montaña de palos inclinados y bien unidos. Era como un embudo boca abajo.

Casi siempre el horno se iba haciendo en el mismo espacio del horno anterior. Después de poner todos los palos, finalmente se quitaba el palo central y entonces quedaba un hoyo en el centro que era como la chimenea del horno para que saliera el humo. También sacaban el palo acostado en el suelo y quedaba como un túnel que permitía llevar la candela hasta el mismo centro del horno. Para prenderlo casi siempre utilizaban un pedazo de goma de camión.

Pero antes cubrían bien con hierbas secas y verdes la gigantesca montaña de palos y le echaban tierra encima hasta cubrirlo completamente. Siempre quedaba suficiente tierra acumulada alrededor de la circunferencia para tapar rápidamente cualquier abertura que se abriera en la superficie debido a la presión de la candela en el interior. Por eso había que vigilarlo de noche y de día hasta que terminara de quemar. Todo tenía que estar muy bien calculado y medido. Nada podía fallar, porque eso significaba pérdida de tiempo, trabajo y dinero. Vigilar un horno es muy delicado.

Pero cualquiera no podía hacer un horno. En el grupo cada hombre jugaba su papel y tenía su especialidad. Yo solamente cargaba los palos que los hombres iban picando, y los amontonaba cerca del área. De cuando en cuando me dejaban picar algún palo fino con el machete o con el hacha el palo era más grueso. La primera vez se me ampollaron las manos. Pero yo quería hacer de todo, saber de todo, y aunque nunca nadie me explicó cómo hacer las cosas yo iba aprendiendo con sólo mirar.

Me dijeron que las ampollas se quitaban solas, pero que era bueno siempre echarles su poco de orine para curarlas mejor, así que tuve que apartarme y mearme las manos. Ellos se reían y yo no. El orine caliente arde mucho sobre el pellejo reventado. Pero aguantaba. Aguanté. Quería ser útil siempre. Quería ser un buen maestro y además no ser una carga. Quería ayudar a la familia, ser solidario. Les era muy útil. Sabía cómo merecerme el pan de cada día.

La mujer del carbonero era una joven pálida y atractiva. Se llamaba Lourdes, y aprendió más rápido que su marido a leer y a escribir. Ella sabía algo cuando empezó. Se quedaba sola todo el día en la casa trajinando y estudiando las lecciones que yo le ponía. Tenía interés en aprender y en cuidar su casa. La casa siempre estaba bien limpia. Era de madera, con techo de guano y piso

de tierra bien apisonada y pulida, pues le echaba la ceniza que sobraba del fogón. Después de la ceniza le rociaba agua y el piso se ponía como un cemento. Cada vez que iba a barrer la humedecía.

Se comía bien. Cocinaba con leña a pesar de que el marido fabricaba el carbón. Tenían sus animales de corral. No tenían hijos. Pero cuando me fui de la casa la dejé embarazada y a punto de parir.

Ella era muy aseada, muy limpia y él siempre estaba muy sucio, siempre tiznado por el carbón. Ella era más cariñosa. El más áspero y de poco conversar. Pensaba que no hacían buena pareja, pero me equivoqué, parecían felices en aquel monte desolado y rebelde. Usé nuevamente mi hamaca para dormir y hubo noches en que no pude pegar un ojo, porque él se la pasaba despierto con ella. Gemían como animales enfermos, como si algo les doliera y les gustara. Eran griticos ahogados que se esforzaban por no salir, pero que salían, no por culpa de ellos, sino por culpa de ese silencio ciego y morboso que tiene el monte cuando se junta con la noche. Cuando aquello, ya me latía la fiebre por la presión de la sangre y llevaba desbocada la imaginación, pero apenas sabía qué hacer con los instintos y las urgencias del hombre.

LA FIEBRE DE LA SANGRE

Un día lo logré. Tuve la oportunidad, junto con otros brigadistas, de asistir a seminarios y reuniones de trabajo en el poblado de Sevilla. Allí estaba ubicado el Estado Mayor. Para ir a las reuniones a veces caminábamos kilómetros por caminos solitarios y trillos formados a la orilla de la carretera. Para cortar camino nos metíamos a campo traviesa.

En una de las reuniones conocí a una brigadista de unos 17 años. La vi de lejos y me flechó. Vivía a pocos kilómetros de mi casa. Nos vimos un par de veces nada más. Se llamaba Esther y era también de Santiago. Tenía la cintura muy estrecha y un pelo largo y casi rubio. Combinaban con el uniforme sus ojos grises. Fue una pena perderla y no sé explicarme cómo sucedió.

Un día, después de una reunión donde hablábamos de nuestra labor y al mismo tiempo recibíamos informaciones y orientaciones nuevas, estuvimos juntos y salimos juntos por la orilla de la carretera para regresarnos a casa. Apenas le hablaba. Me ocurre así cuando más deseos tengo de hablar y decir lo que siento.

Tomamos un trillo del monte para llegar más rápido. Ella fue la que propuso coger por un desvío que ella conocía. Fue todo muy natural.

_ ¿Tienes novio?

No tenía siquiera por qué preguntarle.

_ No. Tenía uno y me peleé antes de venir.

_ ¿Por qué?

Siempre hago preguntas innecesarias.

_ No le gustó que me gustara ser maestra voluntaria. Se va del país con la familia y tengo otras ideas.

_ ¡Ah!

_ ¿Y tú?

_ Todavía no.

Siempre me ha ocurrido eso, que nunca me doy cuenta cuando se fijan en mí. Me había dejado crecer el pelo y tenía casi una melena rubia que me asentaba bien. Tenía buena presencia y trataba siempre de mantenerla. Además a la mayoría les gustan los ojos verdes y los míos estaban mezclados con un amarillo estrellado en el centro como de gato salvaje. Todo andaba dentro de lo normal, pensaba, pero la soledad del monte tiene eso, sorprende y excita cuando reparamos en ella. Uno es hombre y uno no se puede detener. Pero eso no fue exactamente lo que sucedió.

Esa primera vez no fue así. Los dos tuvimos la culpa, los dos pusimos nuestra parte. Estábamos de repente solos y enamorados, aunque ella fue la que me lo hizo saber. Sólo después que le cogí la mano me besó y al principio no pude entenderlo, porque estaba como anestesiado por el beso.

Nos sentamos bajo un árbol. Aún era de día. Estábamos donde los pájaros duermen irremediabilmente solos, en la inmensidad.

FIESTA DE SANTOS.

Una noche Lourdes y el carbonero me llevaron a una fiesta de santos a casa de una vieja vecina muy amiga y servicial. Una negra espiritista que todos en la zona respetaban. Una especie de curandera, comadrona y adivinadora al mismo tiempo. Llegamos de día y en el patio de la casa más grande, rodeado de otras casas más pequeñas, estaban sacrificando chivos, machos y carneros para la comida. Todos ayudaban. Todos aportaban. Todos estaban invitados. Creo que fue domingo.

En la casa grande estaba el altar principal lleno de frutas, dulces, viandas y velas. Creo que de cuando en cuando se oían los quejidos de un tambor y una rara canción. Se hicieron rezos y

oraciones. Cuando aquello yo no entendía nada de brujerías. Lo miré todo algo asustado y sin saber lo que iba a hacer. Sólo sabía lo poco que Lourdes me explicó, que la negra adivinaba el futuro y que tenía pruebas de ello. A Lourdes la santiguaron con gajazos de una yerba perfumada, buchazos de alcohol y humo de tabaco.

Era una negra gorda con un pañuelo blanco y un tabaco negro. La negra la sacudía sin considerar que Lourdes estaba embarazada. Lourdes se dejaba llevar y daba vueltas con su barrigón, como si fuera un muñeco, porque había que sacarle el espíritu malo del cuerpo que no la dejaba vivir en paz y así la creatura que venía podría nacer sin problemas. Dijo así la bruja con fuertes estertores en todo el cuerpo. ¡Misericordia! ¡Misericordia, mamá!

Lourdes comenzó a revolcarse por el piso de tierra del caserón. Montó el muerto. Gritaba y la bruja la perseguía por toda la sala con el gajo, azotándola como a un caballo. Se paró de pronto, pujaba como un buey en el surco y le metió con la frente a la pared de tablas por donde sobresalían cabezas y puntas de clavos oxidados.

El carbonero se removió inquieto, como con miedo de que la mujer fuera a votar ahí mismo la barriga. Pero nada malo ocurrió. Alguien le dijo que no se preocupara que nada le iba a pasar, que eso se lo estaba pidiendo el muerto y así tenía que hacerlo. Después volvió la calma a la infeliz mujer y se fue a un rincón como perro manso, como si nada hubiera ocurrido. Ella me contó después, cuando estudiábamos la cartilla bajo la luz del farol, que fue un muerto de verdad lo que había cogido, un espíritu maligno que quería quitarle a su carbonero y matarle al muchacho en la barriga. <<Afortunadamente mi madrina me libró de él y desde entonces me siento mejor>>. La vi tan segura en lo que decía que tuve miedo y decidí no preguntarle nada más. Cuando de noche uno habla de muertos y aparecidos siempre tememos que algo pueda sorprendernos por la espalda y apenas queremos mirar a los rincones.

Todos fuimos santiguados y despojados por el espíritu africano de la negra, que decía siempre alguna frase rara, tratando de abrir los ojos, o al menos uno, cuando tenía a alguien delante. A mí me dijo que tendría un futuro bonito, que me veía subiendo una gran escalera en un lugar muy lejano que parecía ser otro país. <<Pero tú no quieres creer en esto, muchacho>>, me dijo como si me estuviera desnudando y me dio risa.

Nunca olvidé aquella predicción; sobre todo, porque unos años después otra santera me repitió casi lo mismo. Fue una famosa espiritista de Santiago, la que sin tantos brincos y contorciones me habló suavemente de las trampas y saltos insospechados que tiene el futuro. <<Uno nunca sabe por dónde anda la verdad, por eso es bueno confiar y desconfiar>>. Dijo.

Esa fue la primera vez que participé en una fiesta de santos y no me quedaron muchas ganas de volver. Me atacó la risa desde que la negra me agarró las manos y me sacudió. Fue en

vano mis esfuerzos por contenerla. Estaban otros brigadistas de la zona y de otras zonas. Estaba también la brigadista que alfabetizaba a la santera. Muy joven y bonita también. Me contó que la negra era muy buena en su trabajo, que confiaba plenamente en ella, que nunca había creído en eso hasta que sintió y vio cosas tremendas.

Cuando la negra hacía sus oraciones a solas, sonaba un caracol, y un enorme majá Santamaría se metía en la casa y se enroscaba dócil delante del altar. Entonces le hablaba y el bicho no se iba de allí hasta que ella lo ordenaba. <<A mí misma me dijo el pasado y un montón de cosas del futuro como si lo estuviera leyendo en un libro, y me consta que no sabe ni leer ni escribir>>. Hablaba con delirio de la negra como de un dios.

Había mucha gente de todas partes. Todos se despojaron para limpiarse, para abrirse el camino. A algunos brigadistas los conocía aunque apenas conversamos, cada uno había creado su mundo y almacenaba experiencias a veces contradictorias. Vivíamos un momento excepcional y yo vivía el mío como anestesiado.

Los ojos grises de Esther estaban allí también, sin embargo ella parecía como si no existiera para mí, porque se la pasó casi todo el tiempo enganchada al guajiro que estaba alfabetizando. Él no se separó un instante de ella. No me miraba con buenos ojos como si algo supiera o como si adivinara el peligro que yo representaba; sobre todo después que me le acerqué y le di un beso en la mejilla, porque no supe si debía besarla otra vez. La sentí indiferente, esquiva. Lo vi todo muy raro en ella, en él. La misma muchacha que me hizo hombre, que violó mi inocencia, me llevó a la ruina de la inseguridad y se escapó sin dejarme saber el antídoto de los turbulentos recuerdos. Conocí por primera vez el animal de los celos.

Comimos carnes, viandas y dulces caseros y hasta el carbonero me dio un trago de ron. Pero eso fue ya tarde en la noche, un poco antes de que ella desapareciera, antes de que ocurriera el incendio, antes de que se quemara una de las casas del gran patio central, porque <<una vela del altar alcanzó el borde de una cortina movida misteriosamente por el viento>>.

Recuerdo el incendio y la desesperación en medio del monte negro cuando todos trataron de ayudar. La casa se quemó rápidamente a pesar de que el río estaba cerca y la gente se dio prisa. Santa Bárbara y San Lázaro (Changó y Babalú Ayé) habían descargado su furia de aquella forma, porque alguien merecía un castigo, porque algo entre los humanos andaba mal.

ENEMIGOS OCULTOS.

La revolución se había convertido en el centro de nuestras vidas. Para todo se hablaba de

la revolución. Y desde entonces a la fecha existieron dos bandos: los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. Nos decían que los contrarrevolucionarios eran enemigos de la patria y que se les debía combatir. Se decía que teníamos muchos enemigos en todas partes, que en cualquier lugar podría estar oculto un enemigo. Vivimos y crecimos con esa obsesión.

Para entonces hubo un desembarco por Playa Girón y los enemigos de Barbatruco se alzaron en las montañas del Escambray, y empezaron otra guerra para sacarlo del poder. Hasta los mismos hombres que lo ayudaron a triunfar lo estaban combatiendo; porque decían que Barbatruco era un traidor y que lo que hacía no era una revolución, sino el comunismo. Decían que iba camino a la tiranía y no se equivocaron.

Pero muchos no lo vimos así o no lo quisimos ver. Yo empecé a dudar, a no estar seguro en nada. Sin embargo, la mayoría seguíamos sus dictados pues no había opción. Es que estábamos como arrastrados por una fiebre que no nos dejaba entender, que nos ponía roncas las gargantas de tanto gritar en los desfiles y concentraciones, hasta debajo de la lluvia, los lemas y los cantos inventados por el partido. En las plazas el pueblo aplaudía sus largos discursos. Nos hizo ver que nuestros enemigos eran los americanos y que los rusos eran amigos. Y nos fuimos rusificando.

Estuve entre los primeros que ayudaron a la revolución. Era la moda un esnobismo.

Cuando los alzados mataron al brigadista Conrado Benítez para tratar de asustar a los maestros voluntarios y sabotear la campaña, le pusieron a la brigada de alfabetizadores el nombre de Conrado Benítez y yo estuve entre ellos. Lo mismo ocurrió con otro maestro llamado Manuel Ascunse. Barbatruco sabía que existían rebeldes en los montes haciéndole la guerra y no dudó en enviar a los más peligrosos lugares a los alfabetizadores. Siempre Barbatruco ha creado mártires para estimular su lucha. Es parte de su política para envilecer a sus seguidores.

Veíamos muy mal tales crímenes y él se encargó de que así se vieran. Supo aprovechar esos errores y encontró con ello una justificación para arrastrar a las masas detrás de sus tambores. Como dijo Roberto Luque Escalona en su libro *Los niños y el tigre*: “No podemos matar maestros, aunque enseñen marxismo, ni destruir aviones en el aire aunque vayan llenos de comunistas. En la guerra y en el amor todo está permitido... menos el crimen.”

No podemos caer en los mismos errores y despotismos de los comunistas aunque sepamos que en el centro de las ideas marxistas-leninista late el terrorismo. Recordemos las palabras de Lenin cuando dijo que “no puede pensarse en una dictadura del proletariado sin el terror y la violencia”. De esa funesta teoría emana el fracaso.

La mayoría queríamos la revolución, hasta los que teníamos dudas, algunos por convicción y otros por oportunismo; la mayoría aplaudíamos al carismático líder, aunque muchas cosas no se veían claras aún. El mismo se encargaba de desmentir a los que lo acusaban de comunista.

Indudablemente que en los primeros años vivíamos pendientes de sus palabras y sus llamados al sacrificios sin sospechar que estábamos delante de un gran cínico.

Cuando se apoderó de la prensa y suspendió la libertad de expresión, las cosas se pintaron siempre a su favor y no había ninguna otra cosa para entender que no fueran sus dictados. Nadie lo podía criticar ni contradecir. La esencia de todo lo realizado y por realizar se estaba amasando en su ambiciosa cabeza. Esperaba el momento conveniente para lanzar su zarpazo comunista contra la voluntad de la mayoría de sus seguidores. El comunismo entonces era un fantasma amenazante en las mentes de los islanos, pero pronto llegaría el momento oportuno para justificar e imponer su práctica.

Cuando Barbatruco llamaba a hacer cualquier trabajo, allí estaba yo entre los primeros, porque en las escuelas, los maestros nos hablaban de que los sueños de libertad ya estaban realizados y que para lograr los demás sueños sólo teníamos que cooperar de alguna manera. Indudablemente el adoctrinamiento político en las escuelas funcionó.

Trabajé voluntario en labores agrícolas. Recogí materiales reciclables de casa en casa. Recogí ropas usadas en las calles para enviar a otros pueblos supuestamente explotados por el imperialismo. Nos decían que eran pueblos pobres y amigos. Hacíamos donaciones de lo que nos sobraba sin siquiera sospechar que seríamos finalmente los más grandes necesitados y oprimidos del mundo.

Fui a los campos a sembrar, a cortar caña, a recoger café. En fin, fui alguien ilusionado y laborioso que de repente un día perdió la ilusión.